# HERALDO DE MURCIA

AÑO V — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 1157

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
*Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18*

**VIERNES 10 DE ENERO DE 1902**

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea
En tercera. . . . . 00'10 id id.
En cuarta. . . . . 00'05 id id.
*Administracion: Saavedra Fajardo, 15.*


## EL FAVOR

Muchas y por extremo varias son las causas que tienen reducida á España á su condición presente: miseria, ignorancia, rutina, indolencia, superstición, Pero si á analizar fuéramos, cuál es la que entre esas causas patológicas descuella, lo que constituye entre nosotros el vicio de los vicios, el mal de los males, el principio eficiente de nuestra desgracias y de nuestra degeneración, hallaríamos que no es otro sino el imperio absoluto, omnipotente, incontrastable, que aquí tiene eso que se llama el favor.

Nada tan natural y humano como el esforzarse por proteger y encumbrar á los suyos. Mas tan luego como esa parcialidad del afecto ó del interés llega á sobreponerse á toda consideración de justicia, el orden social se hace imposible. De cuantas dolencias morales pueden afectar á una sociedad, ninguna hay tan hondamente perturbadora.

El primer afecto de la sóberanía del favor es el de amparar la ineptitud y postergar el mérito. Está ello en su naturaleza. Fía el merecimiento en sí propio; el demérito todo lo espera de las mercedes de la gracia. Ofenden al poderoso las justas altiveces del que con derecho reclama; haláganle las humillaciones de quien solicita la misericordia. El mérito no agradece lo que en justicia se le debe; la incapacidad recibe con gratitud lo que sin razón se le concede. Cuanto más inmerecido es el don, mayor es la obligación del que lo recibe. Las grandes injusticias engendran las incondicionales adhesiones. El personaje más desatentado es siempre el más servido.

De aquí la exaltación de los móviles y de los sentimientos menos nobles: servilismo, bajeza en quien recibe la merced, soberbia, arrogancia en quien la otorga. De aquí la necesidad del padrinazgo para medrar y aún para vivir. De aquí la abscripción de los cargos públicos á determinadas familias; la relación de subordinación personal semejante en parte á la clientela romana, en parte á la jerarquía feudal; la yernocracia, que hace del tálamo pedestal de engrandecimiento, el señorío de los hombres públicos sobre comarcas y provincias; el caciquismo corruptor, servil, tiránico y degradante, la más asquerosa de las llagas que ofrece á la vista nuestro estado social y político.

Dónde la recompensa está dada de antemano á la bajeza y á la servidumbre, el trabajo carece de estímulo. ¿A qué esforzarse para mejor? Con favor, la prosperidad vendrá á buscarnos á casa; sin él jamás el merecimiento nos hará propicia la fortuna. Da las actas, no la opinión, sino el gobierno; confiere ó quita los empleos, no la capacidad, sino el ministro; otorga las cátedras, no el estudio, sino el tribunal; procura las posiciones, no el valer, sino el amigo. ¡Valiente estúpido será quien se esfuerze en merecer y servir allí donde todo lo alcanza el que no merece ni sirve!

La exaltación de los peores invierte los términos del orden social. Lo representante es inferior á lo representado. La selección se practica al revés. El triunfo de la lucha por la existencia corresponde á los más débiles. Los ricos valen, en tesis general, menos que los pobres; los grandes que los pequeños; los altos que los bajos; los poderosos que los desvalidos; los conocidos que los ignorados. Así se engendran los gobiernos detestables, las administraciones corrompidas, las representaciones degradadas, las fortunas robadas, las influencias ilícitas y las altas dosiciones usurpadas. La sociedad contempla con asombro el espectáculo escandaloso de la elevac ón de los más malos y la miseria de los mejores.

En el juego natural de las influencias se establece, naturalmente, entre los poderosos un *do ut des* inmoral, especie de un torpe mercado en que se comercia con lo ajeno. Nadie da de balde ese influjo que constituye para el que lo tiene un verdadero patrimonío. Favor por favor; servicio por servicio; hoy por tí, mañana por mí. Todo á expensas públicas. De donde las complicidades políticas, los impuros compadrazgos, la farsa indigna de la vida pública, los partidos de devotos, los gobiernos de amigos, la abscripción de la conciencia á la voluntad ajena, el servicio que no cabe negar, la justicia que no puede ser rehusada, la indignidad que no es posible dejar de cometer, el deber y el honor que es preciso sacrificar.

Como todo favor lleva necesariamente aneja una injusticia, la conciencia del dispensador de favores se embota á la larga y pierde con el tiempo el sentimiento de las susceptibilidades morales. La influencia que se emplea en pro de los amigos puede ser empleada en contra de los adversarios. Son cosas complementarias. El favor es hermano del disfavor, y la gracia á fin de la desgracia. El poderoso se sirve entonces de su influjo para aplastar al enemigo. La maza del poder público es en sus manos instrumento de sus venganzas y rencores. Quien tuvo la desdicha de incurrir en su enojo, vive bajo el peso de inexorable fatalidad. Militar, nunca asciende; juez, sufre traslados; empleado, queda cesante; pleiteante, pierde su proceso; sacerdote, se ve calumniado; comerciante, se arruina; contribuyente, paga el pato. La muerte ó la emigración son los únicos remedios para tamaña desventura.

Tales ejemplos repetidos debilitan en el espíritu de todos el culto del derecho y el sentimiento del deber. El mérito menospreciado pierde su estimación. La ley violada pierde su respeto. La sociedad es, según la expresión del poeta, «un desorden ordenado» el más funesto de los desórdenes. El amor de la patria, consentidora de tantas iniquidades, se amengua y desfallece. Un negro pesimismo invade las almas. El parasitismo, la empleomanía, la mendicidad sustituyen al trabajo honrado. Cada cual quiere vivir á costa de todos. Decaida la dignidad, la libertad es una palabra y una apariencia. Una degradación moral sin nombre se apodera del pueblo que ha ido perdiendo por grados la noción y el sentimiento de lo justo.

Ese favor que tales efectos produce impera aquí en todas partes, de arriba abajo, en la extensión entera del orden social, en lo grande como en lo mínimo, desde los más arduos problemas de la gobernación del Estado hasta el acceso á un museo por papeletas de gracia. Y bien tocamos los efectos. El favor político hace de la representación parlamentaria una farsa indigna. Las larguezas graciosas han convertido al Estado en gran limosnero y producido la ruina de la Hacienda.

Por el favor tratan de nutrirse unos á expensas de otros los intereses encontrados. Por él pagan los que caen en el impuesto de que se libran los que suben. El dá y quita fortunas. El dicta leyes y las quebranta. El lleva á presidio la inocencia y garantiza la impunidad del delito. El hace y deshace, crea y destruye, exalta y humilla, engrandece ó denigra, triunfante, irresponsable, omnipotente, señor de la razón y soberano de lo justo. . . . . .

*Alfredo Calderon*

## UNA REFORMA

Por lo que parece ya tienen trabajo los consejeros de la corona. Trátase nada menos que de la reforma de la ley municipal, de esa ley tan enmarañada hasta lo presente y de la que se valen los caciques y personajes influenzados para hacer su santa voluntad, en todo aquello que á su partido conviene é interesa á su personalidad. Nada mejor que hacer cesen abusos ampara los por la ley y acatados por los que nunca debieran hacerlo. En buena hora que se reforme la ley municipal; pero que no sea embrollarla más de lo que ahora está, sino prestar fuerzas al ciudadano el necesario apoyo, para que allí en todas aquellas partes donde debe estar representado el pueblo, acuda con la personalidad que tiene, que debe tener; y no como un polichinela que se mueve merced al gusto de tal ó cual cacique, de este ó del otro amo, que, después de estrujarlo, le quita esa personalidad que en la sociedad y ante el pueblo tiene, según la ley verdadera.

Pero todo lo que sea reforma en la ley municipal y prive al individuo del voto y de la elegibilidad en las elecciones, ni es reforma, ni ley, ni nada de país civilizado, donde se hacinan leyes sobre leyes, donde encima de una reforma surge otra, donde, en fin, se votan leyes y proyectos casi anualmente. Sería reforma, la que se prepara á la ley municipal, un amparamiento al deber del ciudadano, una fuerza á su personalidad, para en los constantes actos de la política tuviera su voz y voto, pudiera hacer valer sus derechos, afianzada por una ley positiva y no exigente como hasta aquí son casi todas las que nos rigen. Fuera de esto ni hay reforma ni ley.

Supone poco prometer cosas que nunca se han de ver cumplidas y por lo tanto en el terreno de los hechos, dándole á cada cual lo que es suyo y por derecho ante los hombres le pertenece, fuera de toda ley y fuera del límite de la presión política. Habríamos entonces de convencernos de tales promesas y no contaminarnos con la desilusión de la mayoría en casos tales; creyendo sinceramente en la buena fé de los que prometen tan importante cuanto necesaria reforma. Quizás que de esta manera nos acercáramos más á la Europa moderna, en vez de alejarnos cual ahora lo hacemos. Sería un paso gigantesco ante la utópica regeneración ofrecida por Silvela y muerta á manos de Sagasta. El principio de una evolución grandiosa hacia los tiempos modernos.

La ley municipal necesita de todo punto una reforma, pero verdadera, para que esa ley deje de ser lo que ha sido hasta aquí. Acometer la empresa y hacer la reforma á medias, no vale el tiempo que en ella se gaste ni siquiera las alabanzas que se la prodigan.

Dejar al individuo en la facultad del voto y en posesión de la confianza que otros depositen en él, eso sería el mayor triunfo obtenido por los liberales; algo así como el *fiat lux*, que todo lo abarcaría y haría ver claro.

En muchas naciones tienen las mujeres el derecho al voto, nosotros no abogamos porque se implantase tal reforma; lo único que queremos que se haga, es dejar al individuo seguir los impulsos de sus ideas y esperanzas, depositando su confianza en quien la tenga. Eso queremos. No que se aherrojo al individuo y por esta ó aquella presión, se le robe lo que es de otro, tal es el voto, que en estos casos equivale á confianza. No queremos que los elegidos se han impuestos y personas de «colegio», sino aquellos que por esperiencias y poseyendo la confianza de sus semejantes, pueden serlo, toda vez que no les guia más camino que el bien de la patria y las de sus semejantes. Reformar la ley municipal é imponer candidatos en las elecciones y robar el voto á quien lo tiene, no es reforma y por lo tanto más vale no hacerla, siempre que se haya de tocar este último resultado. A la regeneración hemos de ir derechos, apenas nos torzamos un poco, perdemos el camiuo. ¡Ser libres en las elecciones!... ¡No lo creemos!

¿Para qué hemos de decir otra cosa? Mentiríamos. El dia que lo veamos lo creeremos, antes no, si acaso, miraremos como se desvanecen todas nuestras esperanzas, las últimas que alentáramos y creyéramos ver realizadas. ¿No ejercer el municipio influjo alguno en las votaciones? Sería una obra colosal y justa, que cada día se impone más y es más necesaria, si es que se quiere llegar á eso «algo» que cada día vemos más lejos. Sería lo único bueno que de sí diera esta ley implantada el año 70. ¿Porqué no habría de resultar verdad?

Aun es tiempo; todavía pueden remediarse muchos males y hacer que España entre en el cerrado círculo de las naciones civilizadas y modernas. El tiempo perdido hasta aquí, puede recobrarse, aunque sea poco á poco, á paso de hormiga; pero que sea un hecho. De ninguna manera mejor podía inaugurarse el reinado del nuevo Rey; de ninguna manera mejor se podían llenar las Cámaras y Municipios de hombres sinceros, adictos de verdad, dispuestos á todo, sobre ser los verdaderos depositarios de la confianza del pueblo.

*Gustavo Vivero*

## ¡Si yo fuera crítico!..

(Conclusión)

Y en este insigne poeta que os cité, se dan la mano críticas distintas. Si bien á declararte la verdad, las artes mayores y menores prodigáronse siempre mútuo amor; pintura y escultura; música y poesía; las cuatro citadas, se ligan por un lazo de pasión misteriosa, indefinible.

El arte divino de la música, aunque encierra un espíritu concreto, en sus más elocuentes producciones, flota en un horizonte indefinido de ideas vagas.

Quien, al prestar oido á la más tierna melodía, siente en el corazón inexplicables dolores, duelos y desgracias. El venturoso, traduce casi siempre las notas de una *tristitia* musical, por una lluvia de sonidos alegres, ligeros y flotantes en esfera azulada, en donde baña un sol expléndido.

Las composiciones genuinamente melancólicas de nuestros líricos, al escucharlas, es de toda necesidad que nuestro ánimo se halle en acorde unión con el alma del poeta.

Un amanecer riente, lleno de esencia y armonía, á vecas, produce en nuestro espíritu un extraño malestar; y, en la noche estrellada y apacible, transfórmase lentamente en esperanza bienhechora.

Y, esta peremne mutación de indefinibles afectos; esta contínua mudanza de bien y mal que se realiza en nuestro sér, se produce en el ambiente que aspira nuestro espíritu.

Un expléndido sol de risueña primavera iluminando el cadáver que adoramos, nos parecerá más oscuro, que una noche invernal y tenebrosa.

Pues bien; el artista de alma entera que logra sentir desapasionadamente el libro de arte, juzga á las claras sus bellezas y defectos, sin que el medio ambiente que aspiran los demás, influya en su manera de sentir para formular un juicio claro.

Otra imprescindible condición del crítico de alma, es buscar las bellezas del arte en donde brillen.

En lo poco que leí de literatura castellana y extranjera, pues no soy de los devoradores que tragan y tragan librejos sin descanso, he sentido una franca admiración; y sin que me importe una chiripa él que me tachen los apasionados de *amateur*, te confieso, lector mio, que en España, á mi pesar hay una decadencia lamentable, en cualquier orden de cosas.

Arte, ciencia y política, se dan la mano de degeneradas y de locas.

La crítica común, sigue los pasos del extravio más deplorable y de la mas crasa ignorancia.

La literatura en su ramo de la prosa, vá siendo liliputiense en nuestros maestros; y canallesca en la pléyade de chulos que llevan el alza y la baja de los precios en el público mercado.

Por razones tan llanas, críticos insignes, permanecen en un lamentable silencio: mientras, propágase como la peste en ilustraciones y periódicos diarios, el deseo de prodigar toda suerte de encomios y lisonjas; cotizándose la palabra insigne por la caterba de criticuelos desmañados á precios convencionales, entendidos, por los que compran prologuejos y alabanzas diariamente.

¡Quien fuera crítico genial, para combatir sin descanso á la muchedumbre de Valbuenas y Martínez Ruiz, y á tantos ignorantuelos que sientan plaza de doctos en materia de crítica, sin saber por qué, ni á donde son capaces de remontar sus alas de Icaros inútiles; ni qué absoluto poder tienen sobre el idioma castellano, ni qué nacional y sólida cultura, para juzgar á su placer á eminentes poetas como Federico Balart, y á críticos insignes como Marcelino M. Pelayo.

Si yo fuera crítico de fama, lo primero que haría, ero barrer con fuerte brazo, á la valiente y esteril multitud de criticadores importunos; basura que nos apesta y estorba ha mucho tiempo, y cuyas ideas al podrirse en el inmenso muladar de vanidades y rencores, envenenaron el ambiente en donde se forma la pública opinión, hoy tan controvertida y desencadenada, por razones tales, en toda suerte de materias.

*Jacobo M. Marin-Baldo*

## *La palomila azul*

Cuando salí esta mañana del palomar para dirigirme á la plaza de Santo Domingo, hacía una temperatura de dos mil demonios. La terrible ola de frio anunciada por los meteorólogos americanos había caido sobre Murcia y envuelta en mi plumaje marchaba silenciosa y tiritando. Al fijarme en una circular que en el suelo había, vacilé y me quedé perpleja. ¡No podía hacer frio! ¡No debía hacer frio! La circular firmada por el *Poncio* anunciaba una representación cómica para el domingo, fecha de su partida.

Penetré en la barbería, me anuncié, y al darle mi nombre, su dueño salió al momento á recibírme. Entré y apesar de estar allí los escopeteros con cara triste por ver que se les marchaba su rey chulo, me recibió con mucha agasajo.

—Con que de marcha, ¿eh?—le dije al *Poncio*.

—¿Qué hemos de hacer, palomita?, contra mi deseo y voluntad marcho esta tarde á la villa del oso.

—¿A qué obedece esta precipitación en el viaje?

—Por lo visto le han dicho al *Villanueva* que yo aquí me preparaba una manifestación como *Avedillo* en Zaragoza, y me ha alargado este telegrama:

«Es necesario que apresure su venida y le ruego salga para esta corte mañana en el tren correo.»

—¿Y V. que le ha contestado?

—Pues que en vista de su telegrama, que voy.

—¿Y ha avisado á la gente?

—Eso estaba diciéndoles á estos mis *caros amigos*.

—.....de aquí á las tres y media de la tarde hay tiempo. . . . . .

. . . . . .

—Tienes razón palomita.

No sabes cuanto hubiera sentido haberme marchado sín verte, yo que tanto te quiere, apesar de tus últimos picotazos,—después de todo justificados,—pero en fin, es llegado el momento de olvidarlo todo y venga un abrazo. El nuevo *Poncio* que se las entienda con esa ensalada que le lego, de pimiento y aceite. . . . . .

. . . . . ,

—Le veo á V. atareado y me marcho.

—Nada de eso, palomita, hemos de echar un párrafo y te ruego que descanses mientras me deslío de estos, dándoles como recuerdo mi efigie.

—Pues espero.

No tardó mucho el *Poncio* en convencer á los escopeteros que su misión estaba terminada y que los recomendaría á *Avedillo* si es que viene, para que no eche aceite en su ensalada.

—Ya los dos solos me contó lo mucho que se lleva en sus alforjas de viaje, como regalo para el *Gitano*.

Me las fué enseñando, y todas me parecen que ya las tiene probadas ¡que no conocerá el *gaché* de esta tierra!

Me despedí de él toda vez que el tiempo le faltaba y tenía que arreglar los muchos papeles que se lleva. Porque eso sí, como papeles, se lleva muchos, algunos mojados con aceite.

—En esto entró *Zaragatona* quien se encargó seguidamente de reemplazarle en la custodia de Jorge, y colorín colorado.

*La*